

UNA BALADA EN IMAGENES

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Por gentileza de su distribuidor en el Perú, el cronista ha visto, en función privada, uno de los más hermosos films de los últimos años: "La balada del soldado". La crítica mundial ha celebrado ("Time" de Nueva York la proclamó genial) y ha otorgado más de un galardón a esta película rusa que, aunque insiste en el estilo característico del arte cinematográfico soviético, ahonda en una dimensión que en las muestras más notables de la producción de dicho país no parecía suficientemente atendida. El cine como forma del drama tiene que verse en, por lo menos, tres planos: el de la anécdota o argumento, el del testimonio o intención, y el de la ejecución por sus intérpretes. Debe añadirse, en la especie filmica, un aspecto más, éste propiamente cinematográfico: el de la imagen, fotografía y composición plástica simultáneamente. El ahondamiento a que aquí se alude se refiere al primer plano entre los mencionados. "La balada del soldado" posee en su esquema temático un sentido de universalidad que la convierte en una historia humana de valor absoluto, conmovedora en cuanto no se atribuye el heroísmo (el heroísmo cotidiano, el de los hombres que enfrentan las alternativas del azar y ante ella eligen libremente su destino) a ningún otro factor que a su voluntad recóndita. La intención, la encarnación, la realización, etc., sirven aquí prodigiosamente a aquel humano objetivo. Y se complementan en una unidad que hay que llamar perfecta.

La fábula es simple: un soldado merece un premio por su actuación en el frente. Desecha la condecoración y pide una licencia breve para visitar a su madre en el campo y arreglar el tejado de la casa familiar que, según sabe, está deteriorado. Parte, pues, con un permiso de siete días. Diversos e inesperados hechos lo retrasan, entre ellos el repentino amor con joven y poderosa fuerza. Cuando alcanza su pueblo, sólo dispone de unos minutos para abrazar y besar a su madre. Retorna en seguida. En vano, luego, lo aguardará la novia hallada en la ruta y el desesperado afecto materno. No volverá, más del frente. Esta sencilla historia llena los noventa minutos de la película que canta —es una balada, no se olvide, y canta en imágenes— la peripecia de un ser en la edad en que es el corazón la aguja de marear de la existencia. Los sentimientos han sido analizados por la cámara en lo que ellos tienen de auténticos y universales, rehuyendo, gracias a su austeridad, todo melodramatismo, toda tragedia. No es el cronista quien ha de sopesar los aciertos técnicos de la cinta, pues no es esa su tarea. Señala únicamente la demostrada posibilidad de entonar un poema con la fotografía móvil, que es capaz, bien se sabe, de acceder al espíritu de seres y actos con la lente.

El cine europeo y norteamericano ha hallado un lenguaje nuevo, de cortes, profundizaciones, sincopas, sobreentendidos y expresiones anfibológicas, que es una suerte de revolución ("Hiroshima, mi amor" es un modelo de ello). El cine soviético parece seguir prefiriendo la sintaxis que le es tradicional, aplicándola ya no a la epopeya e insensuena, sino al suceso, íntimo, personal. Son dos corrientes del cine. Ambas apuntan a un mismo fin: descubrir el hombre ante los hombres.